

Del acto de leer

Marcela Dávalos

Alfonso Mendiola Mejía (comp.), *Introducción al análisis de fuentes*, UIA-Departamento de Historia (Antologías Universitarias), México, 1994, 320 pp.

En este libro se halla mucho más que una iniciación a la crítica de fuentes. La reflexión sobre el sentido de los documentos se dirige, aun cuando su punto de partida es el de la crítica literaria, a los historiadores. Dividido en tres apartados que inducen al lector a perder la inocencia sobre la lectura de los documentos, los autores elegidos explicitan desde los contenidos del acto mismo de leer hasta la interacción entre el autor y la interpretación, temporal, de los lectores, a quienes finalmente va destinada la obra.

En su conjunto, el libro critica que las fuentes contengan datos y verdades: entre el texto y la interpretación hay tal cantidad de mediaciones que no es posible olvidar el momento en que aquéllos fueron producidos. Entre toda interpretación histórica y los documentos median “el mundo de vida del lector” y el de quien contó las cosas. Esta antología nos permite tomar distancia de la interpretación positivista de los documentos, recurriendo a la experiencia acumulada por la crítica literaria: de ahí que la recopilación haya comenzado por un apartado que se titula “Estructura básica del acto de leer”.

¿Qué elementos intervienen en la acción de leer? La atención, retención, expectativas o información previa son algunos de los factores que aparecen durante el proceso de lectura, evidenciando que la inter-

pretación vertida sobre él tiene mucha mayor importancia de la que se le había dado hasta hoy. El lector, independientemente de que ciertas estructuras institucionales —como por ejemplo el estado o la Iglesia— traten de ceñir un sentido unívoco a los textos, es capaz de crear sus propios significados.

La importancia del papel del lector se ha incrementado. Si la historia cultural ha investigado desde las posturas para leer, el tamaño de los libros, el hecho de leer en voz alta, las actitudes de quien lee pero no escribe, o más aún las recepciones singulares de la cultura bíblica o religiosa, como el caso de Menochio, la historia de la crítica literaria ha profundizado en el ritmo del acto mismo de leer. Al sustituir, por ejemplo, la inmediata experiencia lingüística por una abstracción de ella, o bien al producir sentidos conforme el texto satisface o no sus expectativas, el lector anticipa y retrocede durante el seguimiento de la lectura, haciendo de ella un acto creativo.

El historiador trabaja con representaciones, tal como las elaboradas en el siglo XIX al contraponer el relato de ficción a la historia. Al igual que el lector de literatura que pone entre paréntesis el contexto de producción de la novela para ir construyéndola libremente conforme la narración avanza, así el historiador, expresa Stanley Fish, debería dejar entre paréntesis sus convenciones y aprender a leer los documentos como si fueran ficticios.

Las convenciones van de la mano con los juicios, pues éstos también están dados por la experiencia del

mundo al que se pertenece. Pero la construcción de significados que hace ese lector no es singular, ya que pertenece a lo que Stanley Fish ha llamado “comunidades de interpretación”; se interpreta desde el contexto histórico al que se pertenece; en fin, no existen lecturas solipsistas, pues todas parten de una comunidad de lectores que emplea enunciados y palabras de su época con los que accede a construir significados y por tanto sus realidades.

La verdad que proponen construir Iser, Eco, Gadamer o Jauss emerge del diálogo entre los enunciados dados por el horizonte y las expectativas, proyectadas hacia el futuro, que hace el lector sobre el texto. Los tres campos problemáticos que aborda esta *Introducción* para reflexionar sobre el sentido del texto son: “a) la semiótica: la teoría general de la producción de significaciones; b) la hermenéutica: teoría general de la interpretación, es decir, del entender y comprender humano; y c) el acto comunicativo: la teoría general sobre las condiciones de la comunicación; es decir, trata de construir la esfera concreta de la interacción comunicativa, por ejemplo, el modo de actuar de un interlocutor con otro”.¹

Para todos los niveles anteriores hay un factor común: la preocupación por dirigir todo análisis del texto hacia el enriquecimiento de la interpretación histórica. Incluso la relación formal entre los signos y el significado visto desde la estructura del propio texto, han sido recuperados para explicitar que “toda producción de sentido se basa en la existencia de reglas compartidas por emisor y receptor”, invocando

así el horizonte de expectativas entre el lector y el escrito del que habla Jauss.

Los textos son explicados aquí como mensajes intencionados, dirigidos a cierto público, por más lejana que sea la época. De modo que reconocer al “lector implícito” permitiría ubicarse en el lector originario a quien le fue dirigida la obra. Esto nos llevaría a explicitar, tal como dice Chartier, “para cada comunidad de lectores (o de auditores), los gestos legítimos, las reglas de la comprensión y el espacio de lo que es pensable”.²

Las palabras son emitidas desde un contexto y su significado. Todo lo pensable está en el uso, pues el acto de la comunicación, dice Umberto Eco en “El lector modelo”, encierra una clara pretensión de querer comunicar, de querer expresar algo, por lo que la unidad mínima de sentido es el acto de habla. La comunicación existe sólo desde la comprensión. Aquí hemos pasado, adelantándome al ritmo de la compilación, de la estructura interna del texto a la interacción de quien escribe y quien lee.

“Ahora bien, si el sentido del texto no está en él mismo, sino en la interacción que se da entre el texto y lector, podemos postular que la situación histórica y cultural en la que se encuentra el lector hace variar la comprensión de la obra leída. Por lo que toda obra literaria es la historia de sus distintas interpretaciones.” Así introduce Alfonso Mendiola la segunda parte de la *Introducción*, titulada “La historicidad del acto de leer”: los capítulos fluyen continuándose unos a otros.

Si ya Umberto Eco postula que el contexto de emisión revela las normas en que se comunica, en Gadamer toda comunicación es in-

herente a su prejuicio histórico. El prejuicio ennoblece su sentido al polemizar con un sujeto creado por la Ilustración, supuestamente libre para tomar decisiones, y fortalecer así una tradición heredada que funda las prácticas y costumbres del presente: sólo hay conocimiento porque se parte de la tradición y toda razón es siempre una razón situada, histórica y finita. De modo que existe una conciencia histórica efectiva que toma en cuenta el momento presente del que se habla y que propone rescatar la tradición: la historia es una maestra de vida que enseña a interpelar al presente al aceptar una relación con otro, descubrir diferencias y distintos diálogos, a partir de las temporalidades que marca ese “horizonte de expectativas”.

Así, la “Historia de la literatura como provocación” se ubica en la frontera de la creación de los estados nacionales. Hans Robert Jauss discute en contra de una historia teleológica que niega la contemporaneidad de los escritores; se niegan los horizontes de expectativas del momento en que se produjo la obra. ¿Cuál es el gusto estético de cada época? Esta mirada cambia según los tiempos: si antes del siglo XVIII la literatura no se centraba en la innovación (la creación de géneros escriturísticos siempre renovados), sino en la repetición-imitación, se debía al tipo de público al que atendía. Los estados nacionales inventaron otra clase de público: la escritura moderna rompió con las obras escritas “a pedido”, dando lugar al escritor independiente que vende a su editor; por ello una buena vía para hacer una historia de la literatura es hacer una historia de los lectores.

Diferenciar a un público que halla placer en la reiteración, en el

saberse conocedor minucioso de la obra que se escuchaba, leía u observaba, de otro público ansioso de toparse con géneros siempre renovados, conduce a reflexionar sobre el horizonte de expectativas de públicos históricamente muy bien situados. La crítica literaria añadió al lector, creando así una figura que lo reunió con el multicitado autor: “la información es cifrada en signos lingüísticos por el hablante y descifrada por el oyente. De este modelo se infiere que la comunicación se cumple cuando los dos actos de cifrar y descifrar se realizan”.

Se entiende que Harald Weinrich, en “Para una historia literaria del lector”, reconstruya, aunque brevemente, a los receptores desde la retórica antigua hasta la novela del siglo XX. La verdad se halla en la recepción que cada periodo histórico elabora de sus obras; en los prejuicios y anticipaciones que caracterizan a determinada sociedad, de modo que no existe la verdad, sino un diálogo entre el hablante y el escucha, entre el escrito y su recepción, lo cual no significa otra cosa que el “mundo de vida” que tanto el autor como el lector han construido, otorgándole significado para convertirlo, probablemente sin conciencia, en las normas y convenciones que rigen la vida diaria de su sociedad.

Notas

¹ Véase el prólogo que hace Alfonso Mendiola al punto III: “Criterios de verificabilidad de la interpretación: la historia social del lector”, p. 237.

² Roger Chartier, *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona, Gedisa, 1992, p. X.